

La luz del alba irradiaba hermosa en el cielo, y las sombras de la noche se replegaban á toda prisa en el occidente, porque los rayos del sol no estaban muy distantes del horizonte de la Palestina.

CAPITULO IV.

Pedro y Judas Iscariote.

La Providencia divina dirigia sin duda los pasos de Simon Pedro.

En nuestra opinion suponemos que abundarán los amables lectores de esta obra, no bien hayan llegado al final del presente capítulo, para lo que nos será indispensable seguir al afligido apóstol.

Es de justicia que, toda vez que le hemos seguido en todos los episodios de su caída, le sigamos tambien en algunos de su dolor, para rehabilitarle como corresponde.

Pedro salió mas brillante del seno del dolor y de la penitencia, de lo que era antes de su caída, como un metal pasado por el crisol sale mas hermoso, no bien el fuego le ha purificado.

La caída de Pedro fue providencial. Dios la permitió en el que destinaba para príncipe supremo en la tierra de su divina Iglesia, porque amaestrado por su caída, tuviese siempre presente la fragilidad de los hombres, cuando él mismo habia incurrido en tan grave pecado como era el suyo, á pesar de pertenecer al número de los escogidos por

Jesucristo, para difundir la doctrina salvadora por todo el universo.

Las llaves de las puertas del cielo debian entregarse á Pedro, con la facultad de atar y desatar las fuertes ligaduras del pecado, con las cuales encadenara Satanás los hombres á su causa de perdicion, y como quiera que lo que Pedro debia perdonar en la tierra lo perdonaria tambien Dios en el cielo, por eso la Providencia divina permitió el pecado del apóstol, para que teniendo en cuenta la fragilidad humana, y la misericordia que con él habia obrado el Altísimo, no se convirtiese en un juez inexorable, sino lleno de misericordia y de benignidad, para cuantos arrepentidos se postraran á sus plantas, á fin de implorar el perdon de sus pecados, por graves que estos fuesen.

Mas dejando á parte disertaciones que no estamos autorizados para hacer, dirémos que una vez el príncipe de los apóstoles se halló fuera de la gruta donde sus demás compañeros quedaban, espantóse al ver los claros destellos del alba, y la vergüenza y el rubor de su alma crecieron de punto, al considerarse tan pecador y tan despreciable á la luz del dia.

—Ayer, — se dijo; — el Maestro nos mandó á Jerusalem para que le preparáramos la pascua, y yo fuí uno de los dos elegidos para esa comision. ¡Quién habia de decirme que al rayar la aurora del siguiente dia, yo, tan amado y tan distinguido por Jesús, habia de haber correspondido tan ingratamente á las bondades y á la confianza que de mí hacia!... ¡Espantoso es tu pecado, indigno Pedro, meditado entre las sombras de la noche, pero á la luz del dia, parece aun mas repugnante y horrendo!

Y dichas estas palabras encaminó su paso al azar, falseando la montaña. Cuando estuvo algo distante del lugar

donde sus compañeros se guarecían, deteniéndose de pronto se dijo :

—¿Pero á dónde voy, errante y sin camino fijo? ¿Dónde encaminaré mis pasos, que no haya hombres que vengan á interrumpir la soledad en que quiero abismarme, para llorar á mi sabor?

Y como si de pronto se le ocurriera una idea verdaderamente inspirada, continuó :

— ¡ Ah! el valle de Gion. Allí nadie vendrá á distraer mi dolor; allí ni la voz del hombre, ni el canto del ave vendrán á interrumpirme; allí tendré por compañeras las sombras y los espectros, que, segun el pueblo de Israel, pasan sufriendo justísima condena en las tinieblas eternas, que tienen la entrada en aquella garganta tenebrosa (1); allí el viento que muge entre las peñas, produciendo silbidos pavorosos, será mi único compañero, el único testigo de mi dolor, y unirá sus gemidos á mis suspiros, para decir á Pedro que no llora solo... ¡ Oh! el valle de Gion que hasta el presente habia evitado con espanto, será el único punto de la tierra, que me puede ofrecer el abrigo y la seguridad que anhelo para morir llorando, solo y léjos del comercio de los hombres.

Entonces volviéndose hácia el oeste de la ciudad, que era donde el valle de Gion se abría, estendió sus brazos y dijo :

—Tenebrosa sima tantas veces maldecida, tal vez yo soy el único que te bendice, por el asilo que ofreces al desconsolado Pedro.

Y dichas estas palabras encaminó su paso hácia el punto

(1) El valle y garganta de Gion, tenían verdaderamente una historia pavorosa. Allí el ángel del Señor degolló en una noche el ejército de Senaquerib, compuesto de diez y ocho mil hombres, y allí se hallaba, segun los hebreos, la puerta del infierno.

que acababa de bendecir, sin acordarse de las tradiciones del pueblo, cuyas escenas hacia pasar en el valle indicado; sin acordarse de nada mas que de la dolorosa angustia que oprimia su pecho; sin acordarse de otra cosa que del pecado que iba á llorar allí, buscando la soledad, el aislamiento y el silencio, para poder derramar su alma dolorida á la presencia del Señor que habia ofendido.

Pedro era otro hombre. El dolor le ennoblecia, le engrandecía, le regeneraba. El espíritu de Pedro, vivificado y fortalecido por el llanto, adquiria nuevo temple, y, por decirlo así, nueva alma, con el vigor y fortaleza que le daban su afliccion y su angustia, su contricion y su dolor. Parecido á la crisálida que se convierte en mariposa, aquel hombre, ennoblecido por la penitencia, dejaba el capullo que hasta entonces aprisionara al hombre pecador, para tomar las alas del príncipe de los apóstoles, y lanzándose confiado en Dios al horizonte del mundo, enamorar y seducir con los divinos colores de su doctrina á los hombres, convirtiéndolos de este modo á la fe de Jesucristo, al que habia tan débilmente negado.

Por eso, fija su mirada en la contricion que absorvia todas las potencias de su alma, léjos de acordarse de las tenebrosas tradiciones de Gion, que tanto en otros tiempos le impresionaran, buscaba aquella pavorosa soledad, para hallarse de este modo mas á placer, mas absolutamente absorbido por el recuerdo amoroso de Jesucristo, y por la desconsoladora memoria de su pecado.

Razon sobrada tuviera Pedro, si hubiese procurado encaminar sus pasos á otra parte, porque hasta la naturaleza se habia esmerado en presentar tan fantástico y tenebroso el valle de Gion, que aun cuando no existiera otro motivo, la configuracion de aquella estrecha y dilatada garganta,

bastaba para acreditar las fantásticas leyendas, que referia la imaginacion oriental de los hebreos; bastaba para acreditar el dictado de *entrada del infierno*, bajo cuyo nombre era conocido el valle.

Rasgadas peñas, que parecian jirones de un vestido inmenso de granito, levantaban sus agudos picos desnudos de toda vegetacion, y profundos sulcos se abrian aquí y allí en el seno de la roca, tomando caprichosas formas, parecidas á fantasmas informes y amenazadores. En revueltos jiros se estendia la garganta por esta y la otra parte, y ora se dilataba, ora se iba estrechando el valle, ondulando el pié de las altas montañas que le formaban, sin que un rayo de sol llegara á penetrar hasta el seno de aquella sima espantosa, por el fondo de la cual se despeñaba el torrente Cedron, con sus aguas negras y sanguinolentas, y con su lecho cenagoso y pestilente.

En todo el valle no crecia ni un arbusto, ni una yerba, ni una débil y enfermiza planta, y á la verdad parecia que aquel suelo era maldito, pues parecia la imágen de la desolacion y de la muerte. Las aves que llegaban á cruzarle, nunca se detenian sobre los picachos de las rocas, nunca bajaban al fondo del valle, para mojar su pico en las aguas del Cedron, nunca arrancaban á sus gargantas pasando por allí, mas que píos estridentes, por los cuales podia deducirse, que no solo eran los hombres los que tenian miedo al valle de Gion, sino que tambien eran las inocentes avecillas, las que al poner en él la mirada desde la region del éter, se estremecian, y procuraban atravesarlo con la mayor rapidez y velocidad posibles.

Para contemplar el cuadro tenebroso, de entre las hendiduras de las peñas salia constantemente un humo espeso y fétido que anublaba el cielo, y un calor indecible se es-

perimentaba allí, y el aire era poco respirable, y los pulmones se cansaban, y la vida parecia querer desprenderse del cuerpo, porque verdaderamente aquella region parecia una region mortífera; el vestíbulo de las tinieblas y del fuego del infierno.

Sin duda que el humo espeso y fétido que se exhalaba del Gion, debia ser el respiradero de algun oculto volcan, pero como la gran mayoría de los hebreos desconocian los volcanes, esta circunstancia bastaba para dar cuerpo en ellos á la creencia y á la leyenda popular, que un poco mas atrás hemos indicado.

Verdaderamente era el valle, al cual Pedro se dirigia, tenebroso y solitario; las consideraciones tristes y desoladas, al parecer debian surgir allí de una manera espontánea, y la soledad no podia ser mas absoluta, ni el lugar mas acomodado, para satisfacer los deseos que animaban al arrepentido apóstol.

El viento silbaba hendiendo los picachos de las rocas, y recorriendo los ondulantes y rápidos jiros del valle; el torrente Cedron mugia fantásticamente en el fondo, y la luz del sol que empezaba á destellar en Oriente, apenas podia disipar las tinieblas que yacian en lo profundo del Gion, cuando Pedro se introdujo en él con paso resuelto y ánimo atento siempre á su dolor.

— ¡Ya estoy aquí! — dijo al llegar, mientras que se internaba; — sombras del Gion, me atrevo á interrumpir vuestra tranquilidad con mi presencia, porque yo tengo en el fondo del alma otras sombras mas espesas aun de las que nunca han dominado aquí. Ya estoy entre vosotras; no rechaceis al pobre pecador; yo os daré ecos melancólicos y voces, plañideras, y vosotras me dareis la soledad que tanto anhelo, que tanto necesito.

Algun tiempo despues Pedro se hallaba en el corazon del valle; la soledad era completa, el paisaje fantástico, desolador. Una roca desprendida de lo alto de la escarpada montaña, y que no se detuvo hasta el lecho del torrente, ofreció á Pedro un asiento, y el Cedron que corria á sus piés, con los murmullos tristes de sus aguas le invitó á llorar.

—Soledad amada; — dijo Pedro; — ¿cómo han podido los hombres maldecirte, cuando tan bien se halla el alma aquí? ¡Soledad! ¡tú serás el único consuelo de mi espíritu, tú serás el único testigo de mis lágrimas, tú serás la única compañera de mi dolor! ¡Yo te bendigo!... ¡Bendecir!... ¿Puede acaso hacerlo aquel que ha negado á Jesús, por el que todas las generaciones benditas son? Yo no puedo hacer mas que llorar, y herir mi pecho con una piedra, hasta que salte por la herida en pedazos mi negro corazon. Señor y Dios de mi alma; si las voces del pecador ingrato llegan hasta tus oidos, atiende al clamor de Pedro, mira la contricion de mi espíritu, y hazme morir de dolor y de pena, pero no castigues mi pecado con los tormentos eternos de la Geenna; acuérdate de tu misericordia, y dispensa al afligido pecador un rayo de tu clemencia.

Así iba diciendo el afligido Pedro, cuando un ruido misterioso vino á llamar su atencion. Aquel ruido era como de rocas que se precipitan al fondo, impelidas por el paso de algun ser mortal.

El apóstol levantó la cabeza, y mirando á una y á otra parte, por ver si descubria algo en torno suyo, dijo:

—¿Ni hasta en este lugar podré hallar la soledad que busco? ¿Ni hasta en el fondo del Gion podré librarme de la importuna compañía de los hombres? ¿Dónde, pues, se halla la soledad que anhele, para que vaya á buscarla, á fin de sepultarme en ella?

Pedro estuvo atento por algunos momentos, pero como no llegó nuevo ruido á él, pensó si seria el viento, y volvió á abismarse en la profunda sima de su absorcion contrita.

Mas apenas habia dirigido al Eterno una nueva súplica para que le perdonara, cuando otra vez el mismo ruido vino á distraer su meditacion. Esta vez, sin embargo, el ruido de pasos y de piedras que ruedan, era mas distinto, mas perceptible, mas cercano.

El apóstol levantó de nuevo la cabeza para fijar mejor la atencion, pero el ruido cesó casi en el mismo momento.

—Son pasos humanos, no me cabe duda... ¡los enemigos del Cristo tal vez me han espiado, y vienen á buscarme para hacerme sufrir la muerte!... ¡Ojalá! Es la dicha mas grande que podria esperar. Si vienen por mí, me hallarán resuelto á todo, y aunque sea espirando en los mas atroces martirios, si el Señor me da fuerzas, confesaré á mi divino Maestro.

Los pasos, sin embargo, y el ruido de piedras habian cesado, y Pedro, creyéndolo tal vez una ilusion, forjada por su buen deseo de morir por el Cristo Dios, exhalando un suspiro tornó á sus meditaciones dolorosas, mas no estuvo mucho tiempo tranquilo, porque de nuevo volvió á llamar mas poderosamente la atencion del apóstol el mismo ruido, que se percibia á pocos pasos del lugar en el que se hallaba sentado.

—Sí, no hay duda; estos son pasos de hombre que se acerca. ¡Bendito y amado sea Dios! ¡qué feliz voy á ser si vienen por mí, para llevarme al suplicio y á la muerte mas cruel!

Pedro ocupaba un recodo de la montaña, que á derecha y á izquierda impedíale ver lo que pasaba á una distancia

de medio tiro de piedra, así es que aun cuando percibia el ruido de las pisadas y el rodar de los guijarros, no le era dable ver á quien los producía, ni á este le era permitido tampoco enterarse de que el hijo de Jonás estaba allí.

De improviso por entre la hendidura estrecha, que separaba dos rocas graníticas en forma de conos que partían de una misma base, asomóse con toda cautela una cabeza roja, y un rostro que llevaba impresas las marcas de un espanto y de una indefinible pavora.

La serpiente no introduce con mas cautela, y astucia, y prevencion, su achatada cabeza por entre las espesas yerbas donde teme hallar á un enemigo, de lo que el hombre de la cabeza roja y del rostro aterrado, asomó la suya por la parte de la hendidura abierta entre los dos conos, que se hallaba mas próxima á la base.

Y desde allí miró con sobresalto á todas partes, procurando escudriñar todos los rincones del recodo, bien así como una fiera cobarde escudriña el campo, donde teme que otras fieras enemigas suyas se hallen cazando.

Luego alzó algo mas la cabeza, adelantándola y procurando sacarla poco á poco á la otra parte de la hendidura, para escudriñar el terreno. Sin duda no habia visto aun á Pedro.

Cuando el que con tantas precauciones llegaba creyó hallarse solo, entonces descubrió todo el cuerpo, y siempre con la misma cautela del criminal que se halla entre enemigos y cree verse descubierto, adelantó paso á paso, procurando no mover ruido, y mirando incesantemente con ojos azorados á una y á otra parte.

Y así adelantó algunos pasos con la misma precaucion, hasta llegar á un punto, desde el cual podia descubrirse perfectamente el lugar donde Pedro se habia puesto en pié.

El hombre de la cabeza roja, y de las crines ensortijadas, y del rostro lleno de sobresalto y de pavora, iba temblando. Parecia que la fiebre del miedo y del remordimiento le dominaba, hasta el extremo de suplir en él todo otro aliento de vida.

¿Por qué temia tanto aquel hombre? ¿Por qué ni hasta en el fondo del valle Gion se creia seguro?

¡Ah! el recuerdo de un crimen inaudito atormentaba su alma, haciéndole ver enemigos encarnizados por doquier, cuando el único enemigo que perseguía á aquel malvado lo tenia en sí mismo; lo tenia en su memoria y en su corazón.

La conciencia le acusaba con voz estentórea, y él, huyendo de los hombres, pensaba escapar á los gritos de su conciencia, pero todo era en vano. Donde quiera que iba él, allí llevaba tambien su tormento, allí llevaba aquel enemigo implacable que persigue siempre al criminal, que tanto en la soledad como en el bullicio, tanto despierto como en sueños, le recuerda su crimen, y le amenaza sin cesar...

Aquel hombre pensaba ver enemigos en todas las rocas, que tomaban á lo léjos aspectos tal vez humanos que le amenazaban implacables; creia oír ecos de voces amenazadoras que le perseguían, en todos los suspiros del viento, y cuando una piedra rodaba impulsada por sus propios pasos, el ruido de la piedra hacía temblar y mirar á todas partes con ojos desencajados, porque se le antojaba percibir en aquel ruido, los precipitados pasos de gentes que le perseguían implacables.

La situacion interior de aquel criminal era verdaderamente espantosa y aterradora. La muerte mas inhumana y cruel hubiera sido una sonrisa graciosa, al lado de la agi-

tacion del todo indefinible que le dominaba, produciéndole un vértigo infernal, incesante, desolador, tenebroso.

Suponemos que nuestros amados lectores habrán reconocido al maldito Judas, en el personaje que encontramos vagando por el valle de Gion, agitado por el huracan y la tempestad de voces y remordimientos, que despedazan su pecho criminal.

Y efectivamente era el Iscariote, á quien hemos dejado en el capítulo quinto del libro idem, sentado junto al abismo, teniendo las piernas suspendidas sobre la sima tenebrosa que se abria á sus piés.

Desde entonces el réuerdo de su crimen, y el temor de que le arrebataran el precio de la sangre de Jesucristo, le han desfigurado tanto, que Judas apenas nos seria conocido, si su remordimiento no nos le descubriera.

Pedro le vió penetrar con el paso cauteloso, y llevando la zozobra é intranquilidad de su alma pintada en el rostro y en todos sus ademanes, y el arrepentido apóstol al verle se estremeció, como se estremece uno cuando inopinadamente se encuentra con una irritada y grande culebra.

Mas acordándose de que él habia pecado tambien contra Jesús, y que la misericordia de Dios habia desatado en su pecho las fuentes del dolor, pensó que tal vez lo mismo sucederia á Judas, y acercándosele cautelosamente, con ocasion en que el traidor distraido por el miedo miraba á otra parte, le dijo con acento cariñoso:

—¡Judas!...

Y al mismo tiempo le puso amigablemente la mano en el hombro, como pudiera hacerlo en mejores tiempos, durante los cuales ni el uno tenia que llorar, ni el otro que temer.

La voz de Pedro produjo en el Iscariote un efecto sor-

prendente, inaudito, indefinible. El traidor gritó con voz de espanto:

—¡Ah!...

Y encogiéndose de hombros, cual sí un peso enorme gravitara sobre ellos, se puso á temblar como la hoja agitada por el viento, ó mejor como tiembla una de esas arañas caseras, de cuerpo pequeño y de largas patas, cuando el dedo del hombre se acerca para tocarlas.

Judas no tuvo ni fuerzas ni valor para dar un paso mas, y con las facciones horriblemente desencajadas, y con los ojos, que al parecer iban á saltarle del cráneo, silencioso, temblando y fuertemente encogido de hombros, esperaba tal vez que aquel á quien creyera su enemigo, le hiriese sin piedad.

Pedro miróle compasivamente, y observando las huellas que su inaudito crimen dejara en el rostro de Judas, le estuvo contemplando por largos momentos, sin hallar en sus labios una palabra que dirigirle.

CAPITULO V.

Donde Pedro se empeña en salvar á Judas.

—¡Por qué temes, desgraciado! — dijo Pedro, cuando pudo desatar los nudos que entorpecian su lengua: — mírame bien; dí, ¿me conoces?

El Iscariote miró á Pedro con ojos espantados, y no bien hubo reconocido á su interlocutor, el temor del mal após-

tol creció de punto, y entonces como nunca vióse agitado todo su cuerpo por violentas sacudidas nerviosas.

Después contestando á su compañero, clavó los ojos en tierra, y dijo con una voz ronca y apagada:

—Sí; creo que tú eres de los que le acompañaban.

—¡Crees que yo soy de los que le acompañaban! Seré-nate, porque me inspiras compasión. Yo creía ser el hombre mas infeliz de la tierra, y sin embargo veo que aun existe otro que lo es mas que yo... Judas; ¿no te acuerdas de mi nombre?

—Sí; pero no me mateis. Si quereis el dinero yo os lo daré todo, pero no me mateis, dejadme la vida... Tomad mi dinero; ese dinero maldito cuyo peso me anonada; ese dinero maldito que parece que arde, y que abrasa mi corazón... ¡Tomadle si quereis, pero dejadme la vida, os lo pido por compasión!...

Judas cayó á los piés de Pedro, y mientras que con los ojos fijos en tierra hundía la cabeza entre sus hombros, alargaba con una mano la bolsa á Pedro, aquella bolsa que contenía el precio de la mas horrible traición, y las monedas que el Iscariote robaba antes á la comunidad que formaba la familia de Cristo en la tierra.

Pedro apartó con horror el maldito presente que Judas le ofrecía, y al recordar que en aquella bolsa venía la cantidad que cobrara el traidor por su horrible traición, sintió que un estremecimiento nervioso le recorria en un momento toda el alma y el cuerpo á la vez.

—Guarda ese dinero maldito, Judas, porque ennegrecería mis manos, las teñiría de sangre divina, y abrasara mi alma, como abrasa tu corazón con el fuego del remordimiento. Levántate, deja esa postura que guardas á mis piés; no vengo yo ni por tu dinero ni por tu vida; eres tú

el que guiado por la mano del Dios de misericordia vienes á mí, para que te diga que es el Dios que perdona los pecados por mas grandes que sean, cuando se acude á Él, implorando su elemencia inagotable.

Judas seguía temblando, y no osaba moverse de las plantas del anciano. Las fuerzas le habían al parecer abandonado, absorvidas por el miedo cerval que le dominaba. ¡Aquel hombre abatido era el audaz, el malvado, el atrevido traidor!... Tal le habían puesto el recuerdo de su crimen, y las descompasadas voces del remordimiento, que si un niño hubiese intentado abofetearle, no tuviera valor mas que para caer á los piés del muchacho, para pedirle por compasión que no le quitara la vida.

El anciano apóstol alargóle la mano, obligándole á levantarse. Judas esperaba al parecer aquella demostración de Pedro para ponerse en pié, y quedar con la frente inclinada y la cabeza abatida, bien así como si Pedro fuera el juez que debía sentenciarle á un suplicio eterno.

La desesperada y abatida actitud del Iscariote infundió profunda compasión al pecho del buen apóstol, y deseando atraerle al camino de la penitencia, pensó que lo mejor que podía hacer en aquella circunstancia, era despertar en el alma del traidor la confianza. En aquel momento se acordó del proverbio de Salomón, que dice: *Las palabras blandas quebrantan la ira; las palabras duras escitan el furor*, proverbio que de mil maneras había oído también de los labios de su divino Maestro.

Pedro, pues, se dijo:

—Hablaré con blandura á este desgraciado, y tal vez las palabras cariñosas le moverán á penitencia, de la que le apartarian los reproches y las acriminaciones. Y yo sé que si él se arrepiente, el amor que se atesora en el divino cora-

zon de Jesús es mas grande que la iniquidad de este desdichado. Sí, yo sé que si Judas se arrepiente, Jesús se olvidará de su culpa, para no acordarse mas que de su arrepentimiento. Sí, yo sé que le perdonará, como me ha perdonado á mí. ¡Oh! ¡cuán feliz seria yo si pudiese volver á su amistad esta alma horrorizada de lo que ha hecho!

Y luego dirigiéndose á Judas, y procurando dulcificar la voz, tanto como se lo permitió el estado de su alma, dijo:

—Amigo mio, no temas; yo no intento hacerte mal alguno; yo solo deseo tranquilizar tu espíritu, y derramar en el fondo de tu alma un rayo de dulcísima esperanza. Tranquilízate; yo soy tu amigo.

—Tus palabras son engañosas como las mias. El traidor no debe recibir la muerte mas que á traicion;—contestóle Judas con voz ronca y desesperada, pero siempre con el mismo azoramiento.

—Tu pecado solo puede juzgarlo Dios; yo no debo hacerlo, y tengo la seguridad de que Dios te perdonará si tú te arrepientes. Yo no vengo á buscar tu vida; yo solo vengo á darla á tu alma, infundiéndole la esperanza, y llamándola á contrición.

—Es en vano que procures engañarme con palabras melosas. Tú quieres sepultar en mi corazon una daga traidora, porque es justo que los traidores como yo mueran asesinados á traicion... Pero mira; si me perdonas la vida, yo te doy todo este dinero... ¡Yo he vendido la suya por esta cantidad; deja que te compre la mia con la misma moneda, y despues permite que divague errante y solo por estas peñas, hasta que el huracan desprenda una roca de la cima de estas montañas, y cogiéndome desprevenido, caiga sobre mí y me mate á traicion!... Entonces, al menos, aunque pobre, aunque sin dinero, aunque sin mis queridos dena-

rios, habré vivido algunos dias mas... Ya sé que mi destino es el de morir á traicion, pero prefiero que sea una roca impelida por el huracan lo que acabe con mi vida, á que sea la mano de un hombre que me hiera por las espaldas, ó sepulte en mi costado izquierdo la daga mortífera, cuando yo mire azorado hácia la derecha.

—Judas, serénate, yo te lo ruego,—esclamó Pedro casi con lágrimas en los ojos, viendo el horrible castigo que empezaba á pesar sobre Judas, con aquel espantoso temor que le dominaba.

—Pues qué, ¿no estoy sereno?... Me parece que bastante debo estarlo, cuando adivino tus propósitos, aun á través de esa cubierta de hipocresía amenazadora con que los envuelves.

—¿No me conoces? ¿No sabes que soy un ser pacífico, que no hago mal á nadie? ¿cómo quieres, pues que te dañe á tí?

—Por eso que te conozco, sé que te has propuesto vengarte. Solo este propósito puede haberte conducido hasta el corazon de este tenebroso abismo, donde sabias que habia venido á ocultar mi vida y mi dinero.

Viendo Pedro la insistencia de Judas en la misma idea, empezó á desconfiar de poder salvarle, empero se propuso hacer todo lo que podia para establecer entre los dos la confianza, al objeto de inducirle mas fácilmente á penitencia.

Animado por este buen propósito, le dijo:

—Sin duda que el temor que te domina, Judas, te impide reconocer en mí á tu amigo Pedro, pues si me reconocieras, no me mirarias con la prevencion con que me miras; no me tomarias por un asesino.

—Asesino no, pero vengador sí, y vengador justo, por-

que mi traicion es de aquellas que no tienen ni tendrán precedente en la historia del mundo.

—Ni asesino, ni vengador. Yo soy el que la Providencia te envia para decirte que te arrepientas, y vivirás en paz. Los mismos amigos de antes te estrecharán entre sus brazos, y el Salvador de los hombres, te conservará un lugar de preferencia en su adorable corazon.

—Es inútil todo lo que me digas. Tú eres el hombre pacífico que en el huerto cortó á Malco la oreja, y á buen seguro que ibas con la intencion de rajarle por medio, si esto te hubiera sido dable. Tus palabras melosas no llevan otra intencion que la de inspirarme confianza, para que despues al herirme, el golpe se me haga mas doloroso, y la muerte mas desesperada. Te conozco y me conozco; el traidor solo puede morir á traicion.

—Cálmate, Judas. Dios es misericordioso, y no quiere que el pecador muera, sino que se convierta y viva. ¿No ha venido Jesucristo para dar la vida eterna á los hombres todos? Pues ¿cómo quieres que te escluya á tí? ¿Cómo quieres que un amigo del Señor intente asesinarte, y pecar de esta manera contra su Redentor divino?

—Yo soy una escepcion.

—Tú eres un hombre que ha recibido la vida de manos del Criador, y nadie tiene derecho á quitártela sino Aquel que te la dió para que te salvaras; sino Aquel que te espera con los brazos abiertos para perdonarte.

—Yo no tengo perdon.

—No desconfies de Dios, cuya bondad inagotable ha llegado al extremo de entregar su Hijo único á los tormentos y á la muerte, para dar la gloria del cielo á los pecadores arrepentidos, por grandes que sean sus pecados.

—No, no; yo no puedo ser perdonado. Mi iniquidad es

la mayor que se habrá cometido hasta el último dia del mundo!

—Y la mia, Judas, y la mia, ¿acaso no corre parejas con la tuya? —preguntó Pedro, sintiendo que las lágrimas le saltaban de los ojos.

—Y á mí ¿qué me importa tu iniquidad? ¿Pueden acaso influir en mí los crímenes y las virtudes de los otros? Yo soy un ser escepcional, y para mí debe prepararse en el infierno un lugar que nadie ha habitado hasta ahora, que nadie habitará en adelante, á escepcion del maldito Judas.

—No desconfies de la bondad de Dios; levanta tus ojos al cielo y pídele perdon, porque si tu pecado es grande, mayor es aun la clemencia divina; mayor es aun el amor que te profesa el corazon de Jesús; mayores son las ansias que tiene de perdonarte, si le imploras arrepentido el perdon.

Judas se contentó con mover la cabeza de un lado á otro, pero no dijo ni una palabra.

Pedro, aun cuando abrigaba muy pocas esperanzas de inducirle al buen camino, prosiguió de esta manera:

—Me has dicho que mi iniquidad no te importaba nada, y yo sé que puede importarte mucho, para inducirte al arrepentimiento, para obligarte á pedir perdon á Dios.

Judas quiso sonreir en son de duda, pero sus labios no acertaron á proyectar mas que un ligero movimiento, que bien se podia tomar á la vez por el movimiento labial que precede á las sonrisas y á los gemidos.

Despues dijo con la alegría feroz del criminal, que sabe se halla hablando con otro ente de su estofa:

—¡Tú que eres el que con la espada le defendias en el huerto, ¿tú te has atrevido á ofenderle tambien? ¿Con qué, el mútuo crimen nos hace hermanos, acerca nuestras al-

mas, y confundirá nuestros espíritus en el mismo lugar de eterna espiacion?

Cuando Judas pronunciaba estas palabras, los vocablos se atropellaban en su lengua, porque el Iscariote los formulaba con el vértigo de la infernal calentura, y de la satánica alegría que le dominaba en aquel momento.

Pedro ahogó un suspiro, puso su pensamiento en Jesús, que padecía para salvarnos á todos, y dijo:

— Sí; yo he sido criminal; yo despues de haberle defendido en el huerto, ¡ay de mí! he renegado de él, he dicho con juramento que no le conocia, y para dar mayores proporciones á mi crimen, he añadido terribles perjuros y tremendas imprecaciones, á la mentida aseveracion que hacia de no conocerle. Y sabes tú, Judas, ¿dónde ha sucedido esto? ¿Sabes tú quiénes eran los que me preguntaban? Pues bien, ha sucedido en el palacio de Caifás, donde se atormenta al mas inocente y perseguido de todos los hombres, y he negado al Cristo delante de aquellos mismos que le prendieron en el huerto, delante de aquellos mismos que yo poco antes amenazaba con mi espada. ¡Ah! mira hasta dónde llega mi pecado; mira cuán grande es mi iniquidad, y dime ahora si es posible que venga á matarte traidoramente, cuando si tú has ofendido á Dios vendiendo á su Hijo, yo he ofendido al Criador negando á mi Cristo, á mi amigo, al Hombre divino, que á tí y á mí nos distinguia tanto con su indisputable y cariñosa amistad!

Pedro, no pudiendo dominar el doloroso trasporte de su alma arrepentida, despues que hubo terminado sus últimas palabras, ocultó entre sus manos el rostro contristado.

Y durante algunos momentos, escapáronse de su pecho profundos gemidos, mientras que las lágrimas se abrian

paso por entre los intersticios de sus dedos, para caer sobre las rocas del pavimento.

Judas le miraba con estrañeza y avidez al mismo tiempo. Al parecer hubiera dado aquellos malditos denarios, precio de la sangre del Justo, por poder derramar una de las lágrimas consoladoras que Pedro derramaba.

Luego, cambiando la espresion de su repulsiva fisonomía, dijo como que hablara consigo mismo:

— ¡Es posible que este me engañe; sus lágrimas pueden ser lágrimas de cocodrilo... Lo que él busca sin duda es herirme á traicion, y despues robarme mi amado caudal!...

— ¡Desdichado! — exclamó Pedro. — Dí; si hubiera querido asesinarte, ¿me habrian faltado ocasiones para hacerlo? Mirándote á mis piés, implorándome tembloroso que te concediera la vida, ¿no hubiera podido quitártela entonces, sin que por tu parte hubieras puesto la menor resistencia?

— ¡Es verdad, — continuó Judas murmurando, — es verdad! puede ser tambien que este no quiera ni mi vida ni mi dinero... ¿Quién sabe?... Pero entonces ¿á qué ha venido aquí?

— ¡Á buscar la soledad, para poder implorar la clemencia divina; á llorar sin que nadie venga á distraer mi llanto, para poder borrar mi pecado de mi alma; á buscarte á tí, para decirte que si Dios me ha perdonado porque me he arrepentido, tambien te perdonará á tí si te arrepientes!

— ¡Imposible! ¡Dios no puede perdonarnos; no puede... no puede! ¡No esperes perdon, Pedro, no lo esperes, porque yo sé que Dios no puede perdonarte, como no puede, ni debe, ni quiere perdonarme á mí!...

Judas parecia loco al proferir las terribles y desesperadas frases que acabamos de oir de sus labios secos, reple-

gadas en ellos, como la hojarasca se replega en las ondulaciones de la montaña cubierta de frondosos árboles.

Al oirlas, Pedro plegó sus manos y levantólas al cielo junto con los ojos, cual si demandara piedad para sí y para el desdichado que de proferirlas acababa.

Luego, con los ojos arrasados en lágrimas, con el corazón fuertemente oprimido y la voz embargada por los sollozos, dijo:

— Judas; no blasfemes de la bondad de Dios. ¿Acaso al que ha podido criarnos de la nada le es más difícil perdonar al pecador que sacarle del no ser? ¿Acaso Aquel á quien los dos hemos ofendido tanto, no va á la muerte para redimirnos á todos, vertiendo su inocente y divina sangre? ¿Acaso al amor que profesa á las criaturas le es nada imposible, cuando ha descendido del cielo para arrebatarnos de los brazos de Satanás, y llevárselas en su compañía á la gloria inmortal? No, Judas, no; Jesús no ha venido á buscar á los justos sino á los culpables; las delicias de Jesús son reconciliarse con los pobres pecadores, y ser su eterno, su invariable remunerador y amigo. Yo espero, á pesar de mi horrible pecado, no solo que me perdonará, sino también que no borrará mi nombre del número de sus apóstoles, y tú puedes esperar lo mismo, porque Dios no desprecia, no rechaza nunca el corazón contrito y humillado.

— ¡Delirios!... — dijo Judas con desesperación, apretando los puños con frenesí, — sí, delirios. — Mi pecado es tan grande que no merece perdon... no lo merece! no lo merece!...

— Judas, amigo mio; no hagas más horrible tu situación desesperándote, porque si tu pecado es grande, mayor es aun la misericordia divina; mayor es aun el amor que obliga á morir al Hijo de Dios para salvarnos á todos...

¡Oh Judas!... — díjole blandamente Pedro, tomando una de las trémulas manos del traidor Iscariote; — arrepíentete, y la horrible escitacion que te domina se calmará; mirarás al cielo con ojos bañados en llanto, y tu alma, aun en medio del dolor que la oprima, encontrará la paz, como la ha encontrado la mia. ¿Por qué te empeñas en ser tan infeliz? ¿por qué tu actual desdicha quieres que sea un preludio de la desdicha eterna que vendrá sobre tí? Díme, amigo mio; en medio de las torturas que despedazan ahora tu corazón, ¿no sientes una necesidad irresistible de paz? ¿no sientes unos deseos vivísimos de calma? ¿no deseas ser feliz?

— ¡Oh! ¡sí! — exclamó Judas con desesperación, apretando sus dientes, cerrando los puños y golpeándose frenéticamente la cabeza.

Pedro, que en vista de la dureza del corazón de su compañero, empezaba ya á desconfiar de poder salvarle, á pesar del mal efecto que los dos monosílabos de Judas le habían causado, continuó con la misma ternura:

— Si experimentas esa necesidad, si sientes ese deseo, ¿por qué no buscas la calma y la dicha, en el único lugar donde puedes encontrarlas?

— ¿Dónde está ese lugar?

— En el corazón misericordioso de Jesús. Si le invocas, si te arrepientes, él te perdonará gustoso, y tú serás uno de sus más queridos amigos.

— ¿Y quién me conducirá á ese corazón? — preguntó el Iscariote con una horrible sonrisa de incredulidad.

— ¿Quién?

— Sí, sí; porque yo desconfío de todo.

— ¡Ah! si tú no te atreves á pedir perdón á Dios, yo te conduciré á las plantas de aquella que te alcanzará ese per-

don, que abrirá en tu pecho los manantiales de las lágrimas, y purificado ya, conduciráte al divino corazón, para que de allí no te separes ni en el tiempo, ni en la eternidad.

—¿Y quién es esa mujer?— siguió Judas preguntando, siempre con la misma sonrisa de incredulidad.

—¿Quién ha de ser, sino la que nos tenía justamente encantados con sus celestiales gracias? ¿Quién ha de ser, sino aquella pobre y desventurada madre, que ofrece á Dios un sacrificio de dolor, para la redención y salvación de los hombres sus hermanos? ¿Quién ha de ser, sino la infeliz, que no espera mas que verte para consolarte?

—¡María!

—Sí, María; esa encarnación de la celestial ternura; ese tesoro de las virtudes mas preciadas; ese corazón que olvida la pena inmensa que la aflige, para consolar á los que lloran... ¡Ah! ¡Judas, Judas! María abrirá en tu pecho las fuentes del dolor, y una súplica suya al Eterno, llenará tus ojos de lágrimas de contrición, que purificarán tu alma; María, que se olvidará del daño que la has causado, para no acordarse de otra cosa mas, que de verter sobre tu alma los dulcísimos rayos de la esperanza que ha derramado en la mía.

El Iscariote parecia sostener consigo mismo una horrible lucha. Pedro lo advirtió, y suponiendo que el nombre y el recuerdo de la tiernísima Madre de Dios producian aquel efecto, añadió tomando otra vez entre las suyas una de las manos del traidor:

—Vamos, ¿qué esperas, amigo mio? Vamos; ella te alcanzará el perdón; sus palabras darán la felicidad y la paz á tu alma; desaparecerá de tí la espantosa escitación que te domina, y volverás á ver sereno y apacible el horizonte

de tu vida, mientras que no te cansarás de proclamar las glorias y las bondades, de la que habrá producido en tí un resultado semejante.

Pedro miró por unos instantes fijamente á Judas, que al parecer continuaba sosteniendo en su interior una lucha desesperada.

Después, dando una mayor blandura á su voz, el anciano y arrepentido apóstol continuó:

—¿Quieres que yo te acompañe? ¿Quieres que yo vaya contigo, para que los dos nos prosternemos á la vez á sus plantas y le digamos: «Mirad aquí á dos pecadores que os han hecho llorar tanto; miradlos, también lloran ellos, y con lágrimas de amargura, vienen á suplicaros que imploreis para ellos el perdón?» ¿Quieres, Judas, que vayamos los dos?

El Iscariote de pronto salió de su absorción, levantó la roja y desgredada cabeza, miró de un modo pavoroso á Pedro, y poniéndose repentinamente en pié, dijo con bronca entonación:

—¡No, no, no! Ni ella puede perdonarme, ni yo puedo ir á pedirle el perdón, ni quiere otra cosa que atraerme á la casa donde habita, para ensangrentar sus manos, asesinandome á traición después de robarme mi dinero...

Pedro, oyendo tan horribles blasfemias cayó de rodillas en tierra, y ocultó su rostro entre sus trémulas manos, balbuceando entre sollozos:

—¡Dios mio, tened piedad de este desgraciado, porque está loco!...

Judas aprovechó aquella ocasión para emprender una vertiginosa fuga.

Huyendo tropezaba en todo, miraba á la vez á todas partes con ojos desencajados, y apretaba sobre su pecho la

bolsa maldita, que encerraba el precio de la sangre del Justo.

Y mientras Pedro seguía orando, Judas, sin rumbo cierto, tropezando aquí y cayendo allá, huía... huía... ¿De quién?

Satanás le impulsaba, como el alud es impulsado por la fuerza de gravedad, que le precipita desde la cima de la altísima montaña al tenebroso abismo que se abre á sus piés.

CAPITULO VI.

Al borde del abismo.

¿Á dónde iba Judas el traidor, cuando marchaba corriendo de la presencia del afligido Pedro?

Hé ahí una pregunta bien difícil de contestar, porque ni el desdichado Iscariote lo sabía.

Andaba huyendo... ¿De quién? Él pensaba que huía de los hombres, cuando todos sus esfuerzos se reducían á huir de sí mismo.

Y como lo único que le perseguía implacable era el remordimiento, érale imposible evitarse á sí mismo, era imposible ocultarse á sí mismo, era imposible huir de sí mismo.

Donde quiera que encaminaba sus pasos, allí estaba también el remordimiento con él; allí estaba la fuerza infernal que le impelia á huir, sin que jamás consiguiera tranquilizarse ni un momento, porque su crimen era su enemigo,

y este enemigo estaba en el fondo de su alma, forjándole en los hombres, en las rocas, en las sombras, enemigos que pretendían arrebatárle la maldita bolsa y la vida desdichada.

Pero ¿para qué quería Judas una vida tan espantosa? ¿No le hubiera sido mas benigna la muerte, que tan empeñadamente procuraba evitar?

Muriendo su cuerpo, hubiera muerto también la terrible angustia que le dominaba, hubiera cesado de una vez el espantoso miedo que se apoderara de él, y el grito implacable de su conciencia que le perseguía, habría puesto en un momento punto á sus labios.

¡La muerte! ¿No era acaso la única amiga de Judas, amiga dulcísima, entrañable, si hubiese sido la muerte del pecador contrito?

¿Cómo, pues, el malvado Iscariote procuraba esforzarse por salvar una vida tan llena de intranquilidad, y mas agitada cien veces que la del fratricida Cain, desde el momento en que vió caer exánime sus piés á su santo hermano el justo Abel?

Y si tan encariñado se hallaba con la vida, ¿por qué no procuraba dulcificar sus penas prestando oídos á las cariñosas palabras del anciano apóstol, que llamándole al arrepentimiento, le llamaba también á la única felicidad de que acá en la tierra puede y debe disfrutar el ingrato pecador, á la felicidad de confesar humilde y contrito su pecado, para sentir reverdecer la esperanza y animarle; para sentir mitigados los dolores que producen las llagas que en el alma ha abierto el pecado?

¿Por qué Judas huía de esta felicidad, triste como la vida de los hombres, pero la única posible en este mundo? ¿por qué se empeñaba en conservar la vida miserable, tanto